



*Sobre la renovación de
la cultura: humanitas y
universitas*

Alberto I. Vargas
Universidad Panamericana
alberto.vargas@up.edu.mx

A Rafael Álvira,
amigo, maestro y
poderoso agente
de renovación cultural.

En este ensayo propongo algunas tesis entorno a la productividad cultural y a su renovación en nuestra situación histórica.

1. La noción de cultura y el hombre como habitante del mundo

Lo primero que hay que establecer es la noción de cultura: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de cultura? La cultura es *la interconexión del plexo medial en orden a la convivencia dentro del dinamismo de la historia a través de la libertad humana*¹; y, desde este efoque, la acción humana es *un hacer que hace medios y que al hacerlos se configura a sí misma abriendo a su vez nuevas posibilidades mediales y de acción*. Así pues, el plexo no es estático, sino más bien abierto constantemente por la intervención de la acción humana que lo reconfigura de continuo sin alcanzar saturación, término o culminación. Tal apertura del plexo medial nos indica su carácter *problemático* y, por tanto, la constante intervención humana sobre él que tensa la cultura hacia el *futuro* haciendo posible el *cambio* desde la *libertad* humana que se añade a ella y, en ningún caso, se determina o reduce a ella. De este modo, la producción cultural es una tarea permanente del hombre y, desde él, de la sociedad: *la esencia humana es el agente cultural* en sentido estricto.

La cultura es pues el modo en que todas las cosas *están*, se *conectan* y *remiten* unas a otras entre sí en los diversos contextos humanos. Cabe, por su parte, describirla también como lo hacen los medievales y los clásicos latinos: la cultura es *continuatio naturae*, la continuación de la naturaleza humana —empezando por el propio cuerpo— en orden a resolver problemas disponiendo del universo como realidad extramental.

Toda *acción humana* abre paso a objetos y paulatinamente se correlacionan en un plexo medial *abriendo posibilidades nuevas* de acción y de medios que amplían el entorno vital del hombre. Los productos de la acción humana quedan *junto* al hombre mismo como una *extensión* de sí y modifican su situación histórica, de modo que *debe necesariamente contar con ellos* abriéndoles a su vez posibilidades insospechadas con anterioridad. Así entendida, la cultura se descubre como una estructura creciente de objetos inescusable donde abre paso a nuevas operaciones humanas como soporte del crecimiento propio del mismo hombre. La cultura *dispone* el flujo de la libertad, lo abre o lo cierra. Lejos de poder renunciar a su situación cultural, es desde ahí donde ejercita su acción en orden a futuro. Si *el mundo de los objetos culturales* reduce considerablemente las posibilidades de acción humana podríamos decir que nos encontramos en una *entropía cultural* donde el plexo se vuelve contra la libertad del hombre mismo.

1. Cfr. Leonardo Polo, *Antropología trascendental II. La esencia de la persona humana* (Pamplona: Eunsa, 2010), 250.

Gracias a la actividad cultural de interconexión medial, el hombre es capaz de transformar el universo en mundo y la selva transformarla en ciudad. La cultura es nuestro terreno de juego organizado en orden a la vida común. El hombre *habita* en la cultura y la cultura es el primer ámbito de la creatividad humana. Esto significa que el hombre es quién establece las interconexiones de la realidad a través de su forma de vida, de su vivir: a través de su vida misma donde es *racional* y *relacional*. El hombre organiza continuamente toda la realidad que se le presenta interiorizándola e introduciéndola en sí mismo, en su vida, y abriendo paso a la interconexión cultural.

De este modo, se descubre el ámbito de organización y producción cultural que en ningún caso se reduce al espacio, sino que junto con él se vuelve posible, y muy conveniente, organizar también el tiempo. Si esto se ve, el *materialismo cultural* no se critica, simplemente se supera en una dimensión más amplia: la organización del tiempo interior y con ella la *ética*. La ética se entiende cuando se descubre la noción de hábito (*habitus*) por una relación de adscripción del cuerpo humano sobre la realidad material abriendo paso a los objetos culturales, todos ellos interrelacionados con respecto al hombre. Si bien el arte se puede describir como el lenguaje de lo material, la política en el orden de la ética es una técnica de segundo nivel, el lenguaje del alma propio de la ciudad. La ciudad es el ámbito de la libertad y en ese sentido la gran creadora de cultura.

2. El humanismo y la rebelión de los medios

En general y como primer criterio, las sociedades con mayor productividad cultural han sido, y son, aquellas donde concentran sus mejores energías en aquello *universal* en el hombre y de ordinario se le conoce como *humanismo*. De algún modo todos somos *inculturados*: introducidos en mayor o menor medida a una interconexión de coordenadas universales y se tiene como centro al hombre mismo. A tal interconexión medial cabe llamarla cultura. Así pues, caben tantas culturas —combinatorias de interconexión— como grupos sociales, teniendo todas ellas como patrimonio comunicativo lo que de universal hay en el hombre. El ser humano es el *agente* de la cultura y también es su fundamentación. Dicho de otro modo, la cultura tiene una referencia antropológica nutriendo su estructura, crecimiento y belleza. Sin embargo, hoy —como ha indicado oportunamente Max Scheler²— está en crisis la noción universal del hombre y con ella la interconexión cultural se tambalea en lo denominado como una *rebelión de los medios*, la rebelión de la técnica.

¿Por qué no controlamos la técnica? Por una falta de *concentración*. Porque nos hemos concentrado exclusivamente en los *resultados* de fabricación; es decir, hemos escindido la actividad cultural de su agente, la acción del propio enriquecimiento interior quedándonos solamente con el *producto*.

2. Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos* (Barcelona: Alba Editorial, 2000), 33.

Con ello se oscurece el carácter cibernético del propio hombre en una cultura y tiende a lo grotesco fragmentándose. Se asoma así una visión pragmática de la vida impuesta sobre la orientación global. De continuar esta situación —de no ser capaces de enfrentar la crisis tecnológica— quien antes era nuestro aliado ‘mágico’ se convierte ahora en un peligroso enemigo. Y quien creyó ser ‘aprendiz de brujo’ se encuentra en la misma tragedia como la misma técnica, donde se desposee de sentido humano, invierte la relación medio-fin y nos reduce tristemente a *homo faber* olvidando nuestra condición de *sapiens*.

Efectivamente, el humanismo como primer criterio cultural emerge en medida de la concentración del hombre. En la medida que la humanidad concentra sus mejores energías, sus mejores esfuerzos, en aquello universal, común; en esa medida, hay productividad cultural y, la cultura viene a ser positiva y permite un mejor despliegue del hombre y de su status como *habitante* del mundo. Desde la concentración en aquello donde permanece la humanidad, hace del mundo un sitio habitable, una *casa común*; y a esto se le conoce como humanismo. El humanismo va de la mano de la productividad cultural: humanismo y productividad cultural son una *dualidad* de referencia mutua. Podemos pensar, por ejemplo, en la Grecia socrática, o de la Roma antigua, Constantinopla de Justiniano, la Florencia del siglo quince, el siglo de oro español, etc. Se trata de momentos estelares de la cultura y se han debido en gran medida a el hombre y la sociedad de su tiempo quienes se han concentrado en lo fundamental y *permanece* en todas las culturas. En definitiva, en el hombre y lo que *vive* dentro de él.

3. El resultado como principio cultural

El humanismo consiste básicamente en el descubrimiento del crecimiento interior del hombre: en ese mirar para dentro, esa capacidad del hombre no solo de mirar hacia afuera y de desplegar toda su actividad hacia el exterior sino de mirar hacia dentro y desplegar toda su capacidad, toda su actividad también al interior. Es la *contemplación*, la fuerza de la teoría: la capacidad del hombre de detener un mundo entero haciéndolo *suyo*. Por eso los pensadores de la antigua Grecia proponen que “el alma es en cierto modo todas las cosas”³.

El humanismo es el liderazgo del alma sobre el resto de la realidad, es el desarrollo de la inteligencia, de la voluntad, del pensamiento común, del conocimiento sistémico o si se prefiere epagógico, orgánico, integral, sinóptico: es la *ética* como forma de vida, el hombre cosmopolita o universal. Por eso se habla de Sócrates como el padre del humanismo y el prototipo del hombre universal, digno de monumento. Sin embargo, hoy nos encontramos en una crisis cultural donde también es una crisis del humanismo. Y ¿en qué radica esa crisis? Radica en tener como principio social, organizacional y cultural *el resultado*; es decir, reducir la actividad humana —y con ella la vida— a resultados. Esta es la clave de nuestra situación histórica.

3. Aristóteles, *De anima*, III, 8, 431b21.

Hoy el hombre ha optado por una postura vital y consiste, precisamente, en dirigir y dirigirse en orden a objetivos, haciendo objetos de la realidad. La búsqueda del hombre contemporáneo consiste en *esto y nada más*, este resultado. Desde esta situación el futuro se obtura, pues no se espera nada más que *esto* (este objetivo o estos objetivos) y el camino de la sorpresa y la novedad se oscurece. ¿Qué significa una crisis cultural? Significa una desorientación del hombre, quien se dispersa o que se concentra en lo irrelevante, desorganizando el resto de la realidad. En este sentido y en el marco de la prudencia, los medievales hablaban de la *studiositas* como virtud y la *curiositas* como su vicio opuesto⁴. El hombre contemporáneo curiosear, se diverge, se vacía distrayéndose; pero esta no es la única virtualidad o potencialidad del hombre: el hombre es capaz de estudiar; es decir, de concentrar su atención para pensar.

La desorientación del hombre abre paso a una cultura coctelera o mostrenca, con un contraste de colores a modo de caleidoscopio, carente de armonía vital. En este sentido, la crisis cultural contemporánea, a mi modo de ver, se debe y tiene como fondo una crisis del hombre; es decir, una *crisis del humanismo* en tanto el ensanchamiento del alma. Tal crisis no tan solo de una magnitud al estilo de la Grecia antigua provocada por los sofistas, sino nuestra situación histórica presenta una crisis mucho más profunda. Hoy nos encontramos la llamada como una *crisis antropológica*⁵; es decir, una crisis del espíritu y de su carácter trascendente, una crisis de la intimidad humana porque hoy no solo no sabemos qué somos, qué hay de común o universal en nosotros, sino sobre todo no sabemos quiénes somos, qué sentido tiene nuestra vida y nuestra existencia se nos torna enigmática. Hoy no sólo se nos oscurece lo común o universal en el hombre, sino hoy sobre todo se nos oscurece nuestra propia identidad.

4. Alternativas de renovación: la sinergia de agentes de cambio

¿Qué sentido tiene nuestra existencia personal?, ¿qué sentido tiene nuestra vida? Estamos de algún modo sumidos en una especie de perplejidad intelectual, paralizados culturalmente y existencialmente solos. En este sentido, una crisis exige una renovación, es un problema aún sin resolver y exige una solución. Cabe describir en estas coordenadas al hombre como un *solucionador de problemas*. De hecho, la cultura acontece en la medida donde el hombre es capaz y se va abriendo paso en la solución de problemas. Hoy vivimos en un mundo con muchos problemas sin resolver, hay muchos problemas congelados, dejados ahí en stand by, abandonados. Hoy se ha oscurecido nuestra capacidad de resolver problemas y tenemos malestar por ello.

4. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II ps. q. 162-167.

5. Cfr. Alberto I. Vargas, *Genealogía del miedo: un estudio antropológico de la modernidad* (Pamplona: Universidad de Navarra, 2017).

Repito, una crisis exige una renovación, un problema por resolver, algo conveniente cambiar; y ¿quiénes son los principales agentes de cambio cultural? He indicado que el hombre es un resolvidor de problemas; pero en el ámbito social y cultural —debo decirlo con claridad— los principales agentes del cambio y productividad social (los principales humanistas) son primeramente los *padres de familia*. En segundo plano los *profesores* especialmente los profesores universitarios porque de algún modo tensan todo el esfuerzo educativo desde los más pequeños hasta la cuna del saber. Ellos van como marcando la tensión, van tirando de todo el esfuerzo educativo. Y en tercer orden los *empresarios*. La empresa es una gran generadora de cambios y, por lo tanto, también una gran generadora de cultura.

Hoy se requiere una gran *sinergia* entre estos tres agentes de cambio. No sólo sinergia, sino nuestra coyuntura histórica exige una gran *valentía* y liderazgo por parte de los padres de familia, de los profesores y de los empresarios cada uno en su propio ámbito. Sin embargo, lejos de la sinergia se observa la fragmentación y anomia social. Hay como un abandono: en la familia hay un abandono, los padres no queremos ser padres y también los hijos renunciamos a ser hijos. En general hay una renuncia a ser familia a favor de la soledad y el individuo. Esta renuncia oscurece *el sentido trascendente y la propia identidad*. Como indica Rafael Alvira: “El hombre es el ser que se autotrasciende, pero esto se da precisamente en la familia”⁶. Hay un abandono en el esfuerzo educativo, pues los profesores no queremos ser profesores, no tenemos intención de investigar, estudiar, no queremos proponer la verdad y los alumnos no quieren tampoco estudiar; pero se debe, principalmente y de fondo a la pobreza interior (pusilanimidad) y a la falta de audacia de los profesores. El abandono educativo oscurece *el largo plazo*.

Y, por último, corresponde al empresariado hacer frente de un modo creativo a los problemas prácticos de la vida social. Sin embargo, hoy el empresario se aboca en descargar sus mejores energías en la mera producción en orden al resultado y a la ganancia material. Es decir, le falta valor para innovar, para ofertar en el mercado lo que nadie más está ofreciendo como lo insospechado, y, por el contrario, se dedica a ofrecer netamente lo necesitado o lo demandado en el mejor de los casos. Hace falta esa audacia de ofertar. Como indica Leonardo Polo “el verdadero empresario antepone la oferta a la demanda”⁷ y con ello renuncia a objetivos mediocres introduciendo un progreso social y cultural en el plexo medial. La renuncia empresarial oscurece *el corto plazo*. Oscurecido el sentido personal, el corto y largo plazo, se abre entonces la *complejidad* y Habermas llega a llamar *innabarcable*⁸.

6. Rafael Alvira, *El lugar al que se vuelve: reflexiones sobre la familia* (Pamplona: Eunsa, 2010), 52.

7. Leonardo Polo, *Filosofía y economía* (Pamplona: Eunsa, 2012), 356.

8. Cfr. Jürgen Habermas, *Ensayos políticos* (Barcelona: Península, 1988)

Hoy se requiere sinergia en esos tres grandes agentes del cambio social y estos agentes están paralizados o al menos no actúan orgánicamente por diversos motivos propios de la propia complejidad cultural de nuestro tiempo. No actúan, principalmente, por esa crisis antropológica y humana a la cual me he referido; pero también porque hay un error muy difundido, una especie de *patología* mental y política, de *pensar al Estado como el principal agente del cambio social y, con ello, el principal productor cultural*. Esto está muy instalado en las inteligencias del hombre contemporáneo donde la labor del Estado es, en este sentido, una labor de *coordinación* y de *ayuda*. El Estado no es el agente ni del cambio social ni es el principal productor cultural; pero sí lo es la familia, la universidad y las empresas. No cabe renovación cultural donde no se entienda esto. Por eso, la labor principal del Estado debe ser la coordinación y la ayuda a las familias, a las instituciones educativas y a la empresa. Insisto: coordinación y ayuda. Si el Gobierno quiere promover una renovación cultural debe entender que la renovación no recae en él, y por tanto debe dar un paso atrás.

No es necesario darle muchas vueltas, *el dinamismo cultural y su enriquecimiento descansan principalmente en tres instituciones: familia, universidad y empresa principalmente*. De modo que, el reto de la renovación cultural está en proteger la familia y refundar la universidad y la empresa donde hoy se encuentran básicamente en crisis o al menos en el caso de la familia, en peligro. Como ya he dicho, el primer ámbito de productividad social está en el humanismo, y este permite abrir paso a la sinergia, pues sin humanismo la sinergia se diluye. Otro modo de decirlo es, el humanismo consiste en una *organización vital de inteligencias*, una sincronía mental muy fuerte e históricamente se consigue con el paso de muchos siglos de concentración social. Implica unas apuestas sociales a muy largo plazo, mucha paciencia, audacia y valentía.

5. La universidad como agente cultural estratégico

Hoy no hay humanismo en las universidades, esta es la realidad, es el gremio al que pertenezco. Las universidades se encuentran fragmentadas por *la exageración de los resultados* entre otros asuntos; y, por tanto, ausencia de actividad contemplativa. Los universitarios llevan mucha prisa y con ella no se puede pensar, además, el largo plazo se compromete. Si hoy nos encontramos algo en nuestras universidades es una actividad contemplativa y permite la organización de las inteligencias, es decir, una organización no solo técnica, sino vital. En cambio, hay en ellas mucho ruido y activismo. Hoy carecemos de esa organización en orden a una vida buena: no podemos saber lo que es la vida buena porque somos incapaces de verlo, no tenemos tiempo para verlo; no tenemos el mínimo interés por organizarnos intelectualmente, preferimos el “todo vale” y carecemos de capacidad de *diálogo*, de interés de diálogo, de metodología de diálogo.

La universidad, en este sentido, está fragmentada en facultades. Hoy en lugar de universidades, debemos hablar de pluriversidades: la Facultad de Derecho, la Escuela de Ingeniería, la Facultad

de Medicina son entes aparte. Y las une con suerte, en el mejor de los casos, un campus y un staff administrativo. ¿Cuándo fue la última vez donde vimos a un gran maestro de derecho conversar intelectualmente con un catedrático de urbanismo, un profesor de fisiología con un pedagogo, o un ingeniero mecatrónico con un historiador del arte? Nos encontramos en una situación complicada de *alta fragmentación*, no tenemos *temas en común*, no sabemos detectar esos temas en común, salvo fútbol y política básicamente. Desconocemos un *método* para abordar estos temas. Vivimos como desconocidos dentro de una misma universidad, a pesar de tomar el almuerzo juntos en la misma mesa de la cafetería.

Hay quien piensa, sobre lo más conveniente, en este sentido, y es volver al pasado recuperando la universidad medieval como un sueño guajiro y, con ella, refundarla de nuevo en la metafísica y en la teología. Personalmente pienso que en nuestra situación histórica eso es inviable, lo cual no excluye en ningún caso a la metafísica ni la teología, pues son muy necesarias para el quehacer universitario, pero hoy no es posible pensar la universidad en esas coordenadas. Actualmente, la universidad carece de ejes estructurales y nos toca repensarla de algún modo. El reto principal de la universidad hoy está en enfrentar el problema del sentido personal de la vida y el reto interdisciplinar en orden a enfrentar la complejidad altamente problemática. A mí me parece conveniente en orden a recuperar el humanismo, reorganizar el conocimiento y la productividad social, el hecho de *refundar la universidad en tres pilares*: 1) una antropología trascendente aportando sentido; 2) una teoría del conocimiento y epistemología proporcionando el rigor metodológico; y 3) una teoría de la acción y de las instituciones apoyando la dimensión ética y práctica de lo social. Pero, bueno esto es todo un reto. Me parece que el camino, precisamente, para aportar ese humanismo, echado tanto en falta, está refundando —en el caso de la gente dedicada al mundo intelectual— la universidad, protegiendo a la familia y repensando la empresa.

6. Hacia una cultura personal

Por último, sobre las virtualidades humanas de productividad social y cultural, no se reducen a artefactos propios del plexo medial y ni siquiera de la vitalidad del humanismo, sino *el hombre es un ser radicalmente espiritual* y capaz de sentido trascendente. Así pues, el reto, en definitiva, no se reduce a recuperar y renovar el humanismo solamente mirando hacia adentro, sino cabe la posibilidad de abrirse a una dimensión más profunda del hombre, una dimensión más allá de la misma interioridad. *El hombre es un ser íntimo*, esto significa que es *persona*. Más allá de la *humanitas* y la *universitas* está la *caritas*, y con ella la *cristianitas*. Efectivamente, somos personas y no es un descubrimiento científico, ni siquiera propiamente filosófico: se trata de una aportación del cristianismo a la filosofía y a la cultura. *Más acá* del arte y de la ética está la intimidad y viene a ser el ámbito del *amor*: una ciudad espiritual.

Desde aquí, propongo: el principal reto de renovación de la cultura está precisamente en esto de *redescubrir nuestro carácter personal*. Más allá de buscar un mundo más humano, hoy es conveniente *innovar una cultura personal* donde responda a la libertad del cada quién, una libertad en el orden del amor. Una cultura no solo para organizar los objetos culturales, sino que los disponga a *un plexo de relaciones interpersonales* y libertad de destinación. El significado de ser persona es un asunto denso y muy relevante, pero en definitiva representa *ser abierto por dentro a la trascendencia*; es decir, una especie de compañía trascendental de la propia existencia, como indica San Agustín en referencia a un Dios íntimo: “Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”⁹. Desde el descubrimiento de ser personas, se abre el horizonte de la esperanza y, a mi modo de ver, también de la renovación, primeramente, de nuestra propia persona, luego de nuestra personalidad y por último de nuestra cultura.

Bibliografía

San Agustín, *Confesiones III, 6, 11 en Obras de San Agustín, Tomo II*. Madrid: B. A. C, 1998.

Aristóteles, *De anima*. III. Madrid: Gredos, 2000.

Alvira, Rafael. *El lugar al que se vuelve: reflexiones sobre la familia*. Pamplona: Eunsa, 2010.

Habermas, Jürgen Habermas. *Ensayos políticos*. Barcelona: Península, 1988.

Polo, Leonardo. *Antropología trascendental II. La esencia de la persona humana*. Pamplona: Eunsa, 2010.

Polo, Leonardo. *Filosofía y economía*. Pamplona: Eunsa, 2012.

Scheler, Max. *El puesto del hombre en el cosmos*. Barcelona: Alba Editorial, 2000.

Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II. ps. q. 162-167, Corpus Thomisticum. Pamplona; Universidad de Navarra, 2023.

Vargas, Alberto I. *Genealogía del miedo: un estudio antropológico de la modernidad*- Pamplona: Universidad de Navarra, 2017

9. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11.